

## PREGÓN DE SEMANA SANTA OVIEDO 1996

Define nuestro diccionario la palabra Pregón como: “Promulgación en voz alta que se hace en sitios públicos de una cosa o acontecimiento”. Yo estoy seguro de que más de una persona habrá visto con sorpresa el anuncio de este pregón de la Semana Santa ovetense, y digo con sorpresa, porque evidentemente para que algo sea anunciado en voz alta en un lugar público necesita como premisa imprescindible la previa existencia del acontecimiento o fenómeno que va a ser objeto del pregón. Todos hemos oído hablar de la Semana Santa de Sevilla, de la Semana Santa de Málaga, de Valladolid, de Zamora, de esta última incluso se da un pregón desde hace algunos años en nuestra ciudad, y aún más cercanas a nosotros la Semana Santa de Villaviciosa, de Luarca, de Avilés, etc.

Pero sin duda alguna puede resultar chocante que hablemos de la Semana Santa de Oviedo.

La llamada Semana Santa, denominada antiguamente por la Iglesia Semana Mayor, Semana Penal o Semana de Indulgencia, ha venido a significar para el individuo de hoy, sea cristiano o no, una semana sin actividad, circunstancia que no es como podría pensarse, un producto más de esta civilización de ocio en la que vivimos, sino el legado de una tradición bien antigua: Los obispos de Oriente, antes del siglo IV, habían establecido para esa época del año en sus colecciones de estatutos, llamadas después Constituciones Apostólicas, dos semanas de vacaciones; la propia Semana Santa conmemorando la Pasión de Cristo, y la siguiente, por su Resurrección. En todo ese tiempo el comercio, el tráfico, los procesos, los pleitos, así como los trabajos manuales, estaban vedados, costumbre que con diversa suerte y alternativas varias ha llegado hasta nuestros días.

Para el cristiano, sin embargo, la Semana Santa va mucho más allá de un simple período de descanso. La Semana Santa, es la celebración de la Pascua cristiana, o lo que es lo mismo la celebración de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, misterio central de la Fe cristiana. Ese misterio de la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor, es celebrado por la Iglesia todos los días siguiendo el mandato de su mismo fundador: “Haced esto en conmemoración mía”, y así lo hacemos los católicos cada vez que celebramos la Eucaristía en la que afirmamos con las palabras de la liturgia: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ven Señor Jesús”. Así lo ha hecho la Iglesia desde sus orígenes y así lo seguirá haciendo hasta la consumación de los siglos.

Pero la Iglesia, que es Madre y Maestra, quiere que, además de esta celebración constante y cotidiana del misterio de la muerte y resurrección del Salvador, haya unos días dentro del año litúrgico en que el Pueblo de Dios celebre de manera especial el sacrificio redentor de Jesucristo, he ahí la Semana Santa. Su nombre es ya de por sí significativo, una semana cuyos días llamamos santos, porque en ellos se conmemoran la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, es decir, el misterio sobre el que descansa nuestra salvación, la salvación del género humano y la salvación de cada uno de nosotros.

La liturgia de la Iglesia a través de la cual el mismo Cristo se hace presente nos invita a seguir cada uno de los acontecimientos de aquellos días en que el Hijo de Dios, amando a los suyos, los amó, como nos dice San Pablo, hasta al extremo, entregándose a la muerte y muerte de cruz.

Con la celebración del Domingo de Ramos, pórtico de la Semana Santa comienzan las celebraciones. Celebramos la entrada triunfal del Mesías en Jerusalén y se nos recuerda, con la lectura de la pasión, el relato evangélico de lo acontecido en la ciudad santa hace ya casi dos mil años. Durante la cuaresma la Iglesia se ha ido preparando para la celebración del triduo sacro, Jueves, Viernes y Sábado. En el Jueves Santo se conmemora la institución del sacerdocio y de la eucaristía. Eucaristía que se hace sacramento de amor y memorial de la pasión del Señor, eucaristía adorada durante la tarde-noche del Jueves Santo en los sagrarios de nuestros templos. El Viernes Santo nos recuerda el sobrecogedor relato de la pasión y muerte de Jesucristo y la adoración de la cruz, a través de la cual Cristo nos reconcilió con el Padre. Y en el Sábado Santo la Iglesia vive en un expectante silencio aguardando el glorioso mensaje de la resurrección de Cristo que nos llegará con la celebración de la Vigilia Pascual. La celebración sin duda alguna más importante de todo el año litúrgico.

Es así como la Iglesia celebra a lo largo y ancho de todo el orbe católico la Semana Santa, con la riqueza de la liturgia que alcanza en estos días su máximo esplendor. Pero junto a esa celebración litúrgica, existen también, íntimamente ligadas a la misma, esas otras celebraciones que podemos enmarcar dentro de lo que conocemos como “Religiosidad Popular”; es ese otro conjunto de rituales y signos externos que son patrimonio de todos y hoy, más que nunca, un tesoro añadido que debemos esforzarnos en conservar.

¿Qué es, o qué entendemos por religiosidad popular? Existen múltiples definiciones de este concepto, pero vamos a hacer uso de la dada por el cardenal Pironio en el Sínodo de los Obispos del año 1974, cuando la definía como: “La manera en que el cristianismo se encarna en las diversas culturas y estados étnicos y es vivida y manifestada en el pueblo”. En esta definición están indicadas dos pistas: la aculturación del mensaje y la variedad de lo vivido o de sus formas de expresión.

Precisamente en el campo de esta religiosidad popular, tal vez sería más adecuado hablar como decía Pablo VI en su encíclica “*Evangelii nuntiandi*”, de la “Piedad Popular”; es, como digo, en este campo en el que tenemos que encuadrar a las procesiones de Semana Santa, tan profundamente arraigadas en España. Es extraño encontrar en nuestra geografía nacional un rincón en el que no exista alguna manifestación de esta piedad popular que celebra los misterios de la pasión y muerte del Redentor.

La religiosidad popular, es hoy un redescubrimiento. Es estudiada por varias ciencias: historia, etnología, antropología cultural, sociología, psicología, etc. También es analizada como reflexión eclesial desde el campo de la teología, de la liturgia y, sobre todo, de la pastoral.

Esta religiosidad popular sufrió en las últimas décadas una crisis en cuyo marco podríamos encuadrar la desaparición de las procesiones de Semana Santa de Oviedo hace ya prácticamente tres décadas. El Concilio Vaticano II, cuya influencia sobre la

vida cristiana del catolicismo ha sido extraordinaria, va a influir también considerablemente sobre la piedad popular católica y sobre el conjunto de la vida de los fieles; no fueron pocos los lugares en los que se pasó de una religiosidad popular “triumfante”, a una religiosidad popular “vergonzante”, se pusieron en cuestión muchas de las manifestaciones de la devoción popular dándose paso a una notable disminución de la práctica devocional tanto en la esfera pública, como en la esfera familiar y privada. Resulta sin duda más difícil que describir este hecho, el analizar sus causas; entre ellas podrían figurar el propio desgaste interno de algunas de estas prácticas de piedad popular, la preocupación más por la cantidad que por la calidad, las deficiencias que en algunos casos no faltaron desde un punto de vista religioso y cristiano y otras muchas que podríamos ir citando. Pero, sin duda alguna, la causa más importante hay que buscarla en el cambio socio-cultural operado en occidente a partir de la segunda guerra mundial y cuyos efectos comenzaron a percibirse en España diez años después. Con esa expresión nos referimos al cambio en las condiciones materiales de vida, a las transformaciones en los procesos de producción, al paso de grandes masas de población de la agricultura a la industria, del campo a la ciudad, al crecimiento de nivel de vida, en la llegada, en una palabra, de lo que se ha dado en llamar la sociedad del ocio y del consumo. Todo esto connota también un cambio en la mentalidad de las personas, en su forma de pensar, un cambio en definitiva, en la escala de valores a que se aspira, en las pautas de comportamiento, y en las costumbres en que aquellas se plasman. Todo este cambio trajo consigo, como efecto, una progresiva secularización de la sociedad y de la vida de las personas. Así, no es extraño que el cambio socio-cultural provocase desconcierto y crisis en varios aspectos de la vida cristiana, entre ellos, el de la piedad popular. En esta coyuntura se produjo la celebración y, sobre todo, la aplicación del Vaticano II. En realidad se trataba de una reflexión eclesial con la que se respondía a los retos de la nueva situación. Pero hay que reconocer que la aplicación del concilio del concilio no estuvo en muchas ocasiones a la altura de lo que se pretendía aplicar. Desconcertados por corrientes o modas teológicas poco sedimentadas como la teología de la secularización y la teología radical, desconcertados por el enorme cambio socio-cultural, no pocos agentes de pastoral intentaron aplicaciones del concilio faltas de tino, escasas de hondura religiosa y cristiana y sobre todo faltas de pedagogía. Esta pastoral realizada a veces desde el miedo, la improvisación, la superficialidad y el acomplejamiento frente a lo moderno, condujo en ocasiones al desprecio de lo popular, a la eliminación de lo que el concilio había querido purificar y consolidar pero no liquidar.

La lectura de las causas de esa profunda crisis que ha vivido el cristianismo en los últimos años hace pensar que ésta solo podía desembocar en la desaparición pura y simple del cristianismo visible en su aspecto devocional. Hacia ahí apuntaban los pronósticos hechos en aquellos años, según los cuales se caminaba hacia una religión reducida al ámbito privado de la conciencia y desprovista de todo relieve y de toda significación social.

Sin embargo, afortunadamente, los hechos no están dando la razón a tales pronósticos y hoy podemos decir que asistimos a una efervescencia religiosa, a una pervivencia de la religión, a una transformación, a un redescubrimiento de lo sagrado, que constatan sociólogos, teólogos y pastoralistas.

En este episodio se sitúa el resurgimiento de la religiosidad popular y es que el pueblo cristiano necesitará siempre recurrir a fórmulas devocionales más espontáneas, más próximas a las circunstancias concretas de la vida, para expresar y vivir eses reconocimiento del misterio, esa actitud teologal que constituye el alma de la vida cristiana. Por ello el concilio Vaticano II, exhorta a promover, junto al culto litúrgico, otras formas de piedad. Esta necesidad radica, como Santo Tomás mostró muy certeramente, en la condición humana, que no comienza a ser con ningún hombre aislado, sino que se enraíza en una tradición y una cultura, necesitando el hombre de medios, como son los símbolos y ritos culturales en los que se expresa y se constituye la identidad de la comunidad.

Piedad y religiosidad son dos aspectos de un mismo rostro y por tanto no separables, pero con todo son distintos. Hay que integrarlos y unirlos en una relación dinámica, como la semilla y el fruto. La religiosidad popular es manifestación, gestualidad, comportamiento; la piedad popular es lo escondido, el “humus”, la matriz, la fuente interior de tales gestos.

Es esa piedad popular la que ha llevado, a distintos grupos de cristianos de nuestra ciudad, a recuperar o incluso a crear nuevas procesiones de Semana Santa en Oviedo.

Desde hace algunos años, feligreses de las parroquias del arciprestazgo oeste de la ciudad, y muchos otros ovetenses, se dan cita al Viernes de Dolor, en la antesala misma de la Semana Santa, ante la Parroquia de los Santos Apóstoles, para que allí, al lado mismo del estadio Carlos Partiere donde Domingo tras Domingo se oye el clamor del deporte, se oigan también, sin miedos y sin complejos, los pasos de Cristo hacia el Calvario con ese Vía crucis de dolor que, partiendo de Buenavista y rodeando la ciudad hospitalaria en la que tantos hermanos se hallan postrados por la enfermedad, y pasando ante una Residencia de ancianos, se va ascendiendo hacia el Santuario del Cristo de las Cadenas. Ello es todo un símbolo que nos ha de llevar a la reflexión, que nos ha de conducir a compartir la cruz con los hermanos que sufren enfermedad o abandono, que nos recuerda que el camino del cristiano es un camino de cruz, un camino cuesta arriba como la empinada carretera del Cristo, pero un camino que nos lleva al Padre que nos espera con los brazos abiertos, un camino que todos hemos de hacer juntos, sin permitir que nadie quede atrás por culpa de nuestros egoísmos e incomprensiones.

Este Vía crucis que une el Oviedo nuevo y moderno con la entrañable ermita del Cristo de las Cadenas, y que año tras año cuenta con una más numerosa y vivida participación, es signo clarividente de que la piedad popular no es un gueto cerrado, sino un campo abierto a nuevas iniciativas que surgen del pueblo cristiano.

El año pasado, tras veintisiete años de ausencia, volvía a salir del Templo de Santo Domingo, la imagen de Jesús Nazareno, acompañada por los hermanos y hermanas cofrades que, con ilusión, esfuerzo y trabajo, habían logrado recuperar la tradicional procesión del Miércoles Santo. El lento desfilar de la estación de penitencia al son de las marchas procesionales sobrecogía el corazón de cuantos con verdadero espíritu de penitencia acompañaban al Nazareno y de todos aquellos que desde aceras, balcones y ventanas, contemplaban el paso de Jesús con la cruz sobre sus hombros. Las calles de Oviedo viejo, centro de la “movida juvenil”, punto de encuentro de tantos

ovetenses entorno a bares y cafés, enmudecieron durante unos momentos ante el paso de aquella imagen que, sólo con mirarla, se enternecían los corazones, y era reflejo de un Dios que es amor y que, por amor, carga sobre sus hombros nuestras miserias y pecados. La torre de nuestra Catedral, testigo mudo de nuestra historia, centinela incansable de nuestro discurrir cotidiano, sonreía en su interior al ver en su plaza la Fe, hecha presencia y testimonio, al contemplar que el Salvador, que le da nombre, salía al encuentro de los hijos de Oviedo y los ovetenses corrían a encontrarse con El. Y en el interior de cada uno de los hermanos nazarenos, debajo de sus capuchas y de sus hábitos morados, más de una lágrima se deslizaba por las mejillas de rostros adultos y jóvenes, lágrima no de emoción estética o de sensiblería fácil, sino lágrima de amor, como aquellas que derramaron en la subida al calvario el joven discípulo Juan, María Magdalena tantos otros; lágrima de arrepentimiento sincero por tantas negaciones e infidelidades como aquellas otras que bañaron el rostro de Pedro en la primera Semana Santa de la Historia.

Este año, amén de las dos manifestaciones de honda piedad popular anteriormente mencionadas, saldrá a la calle de nuevo, en la tarde del Viernes Santo, la procesión del Santo Entierro, portando los pasos del Cristo yacente y de Nuestra Señora de los Dolores. Representación de aquel traslado del cuerpo de Cristo descendido de la cruz y conducido al sepulcro, tras El, la imagen de María, imagen de la Madre traspasada de dolor a causa de nuestros pecados. ¿Cómo no van a pasar por nuestros corazones de cristianos e incluso por los corazones de los que se dicen agnósticos, un sentimiento de pena, de dolor, de compasión, de sincero arrepentimiento al contemplar a Cristo muerto, triturado a causa de nuestro mal y al ver el corazón de María que es todo amor y dulzura, traspasado por las siete espadas del dolor? Estas imágenes, veneradas en la Parroquia de San Isidoro, volverán a recobrar vida, volverán a ser acicate que nos recuerdan, al pasar ante nosotros que Dios nos amó hasta el extremo.

Nuestros imagineros con la fe y el pulso, delicadamente apasionados, de sus sentimientos y de sus gubias tallaron a estos Cristos con los brazos abiertos, para acogernos. Cristos, en los que la agonía es mas agónica y la muerte más muerte. Esculpieron estos Cristos camino del Calvario, escarnecidos, preparados para la crucifixión, bajados de la Cruz o sepultados, cuya mirada sentimos especialmente fija en cada uno de nosotros. Mirada en la que el dolor se hace perdón, mientras su fatiga se preocupa por ayudarnos a soportar el peso de nuestros cansancios, y su comprensión abraza, sin resentimiento, nuestras incomprensiones. Cristos en los que las llagas se entreabren, para hacerse cargo de las nuestras.

Dolorosas que, necesitando misericordia, vuelven a nosotros, aún antes de que se lo pidamos, el candor de esos ojos misericordiosos. Cristos yacentes que, al mostrarnos el tendido desamparado de su muerte cárdena, nos reconfortan con una paz, perfectamente vivida, desde el fondo de su vida de sus ojos vidriados.

Son seres de carne y de alma estas imágenes de madera que recorren la ciudad y cuyas pisadas oímos; cuya respiración entrecortada escuchamos; cuyos movimientos, pese a su estatismo, percibimos; cuyos ropajes quietos se agitan ante el asombro y la brisa de la anochecida, ante la brisa asombrada de nuestros sentires sobrecogidos.

Es lo sobrenatural, humanizándose, para hacerse comprensible; es lo humano, levitando, sin desarraigarse de la tierra, hacia las cercanías de lo sobrenatural.

Los Cristos, con sus cuerpos escarnecidos y agotados, con sus anatomías crispadas por la agonía, reposadas por la muerte, son hombres cercanos que parecen confusos ante cuanto sucede, hombres agobiados que temen no poder soportar sin gemir, cuanto les ocurre. Aun cuando en ellos, la Divinidad proyecte un halo de milagro. Aunque desde ellos, desde sus heridas y desde su costado abierto, mane una luz que no es de este mundo y que riel a en sus cuajarones de dolor y de sangre golpeada.

Comenzaba este pregón preguntándome si de veras podíamos hablar de una Semana Santa de Oviedo. Creo que, afortunadamente hoy ya podemos decir que sí. Quizás a alguno de vosotros os haya ocurrido lo mismo que a mí. Quizás también a alguno de vosotros, se os haya acercado alguna persona de las muchas que nos visitan en Semana Santa procedentes de otros puntos de España y os hayan preguntado: ¿A qué hora son las procesiones en Oviedo? Y con desconsuelo, con dolor de corazón, le teníamos que responder: “En Oviedo no tenemos procesiones de Semana Santa”. Hoy gracias a Dios, ya podemos responder otra cosa y, desde nuestra modestia, pues no se trata de competir con nadie, también celebraremos nuestra propia Semana Santa, la Semana Santa de Oviedo.

Oviedo, la ciudad culta, fina y elegante. Oviedo la ciudad profundamente religiosa. Oviedo, la ciudad que siempre ha sabido conservar sus tradiciones, no podía estar sin esa Semana Santa vivida en nuestras calles y plazas.

Oviedo, cofre en el que desde hace más de mil años se guarda y se venera una de las reliquias más preciadas de la cristiandad, el Santo Sudario, lienzo que según nos enseña la tradición, envolvió el rostro de Cristo en el sepulcro y que tras ser recogido por los primeros cristianos en Jerusalén, tras atravesar el norte de África, pasó a la península ibérica para depositarse en Toledo, pero que para evitar que fuese destruido por la invasión musulmana vino en el interior del Arca Santa junto con otras reliquias de la pasión y de los primeros mártires, a refugiarse en las montañas astures. Y aquí en nuestra ciudad, bajo las bóvedas prerrománicas de la Cámara Santa, a la sombra de la augusta torre de la Catedral, se conserva año tras año, siglo tras siglo, para ser venerado por todos los ovetenses y por todos aquellos otros que, de camino o de vuelta hacia Santiago, no querían visitar al siervo y dejar al Señor. Allí, en el recogimiento de la que fue capilla palatina de los reyes de Asturias, descansa, como testigo mudo de la pasión, el Sudario de Jesús de Nazaret, al lado de nuestras Cruces de la Victoria y de los Ángeles símbolo de nuestra región y de nuestra ciudad, símbolo no por casualidad, sino como expresión de las profundas raíces cristianas del pueblo asturiano, del pueblo ovetense.

Este Oviedo, que lleva como emblema el símbolo de la cruz, símbolo en el que se resume todo el mensaje y todo el contenido de la Semana Santa, este Oviedo, guardián secular del Arca Santa y de las reliquias que en ella se contenían, no podía permitir que la Semana Santa, que su Semana Santa, se convirtiera en una especie de anticipo del verano, con ofertas de viajes y éxodos a las playas del Mediterráneo, con

esa aceleración vertiginosa por los caminos del ocio, del egoísmo, del ansia de bienes superfluos, con esa adhesión a lo percedero y a lo renovable.

Este Oviedo, ha sabido recuperar y trabajar por tener su propia Semana Santa, y podéis estar seguros de que en ella no va a primar ni lo decorativo, ni lo turístico; todo esto es un simple valor añadido. En ella primará el ánimo que ha movido a sus organizadores, esa esencia que es una fe evidente y concreta y que supone vivir estas funciones con una noble intención penitencial y regeneradora. Y no sólo por parte de los que han organizado las distintas celebraciones, sino también de la mayoría de los que asistan a las mismas desde fuera; en todos se revuelve levemente un ramalazo inconsciente de piedad, de respeto y aun de propósitos de enmienda.

A vivir todo esto, os invita este humilde pregonero, cuya voz querría fuera escuchada en cada rincón de la tierra para que todos los hombres supieran de la manifestación religiosa, de arte y de Fe que tendrá lugar en esta muy noble, muy leal, benemérita, invicta, heroica, y buena ciudad de Oviedo.

*José Franco Baizán Pando*  
*Canónigo Catedral de Oviedo*